Mariana Bordes (UBA) marianabordes@yahoo.com.ar

“Pensar la paradoja: ensayo sobre los alcances y los límites en torno a la conceptualización sistémica de la sociedad”.

“Un sistema no es perfectamente autónomo ni perfectamente autocontenido si no posee su propia negación. La pregunta obligada sería si esta teoría contiene la negación de sí misma”.

Niklas Luhmann

Introducción

¿Cuántos modelos, cuántas concepciones de sociedad ha producido la sociedad moderna? ¿Se puede aspirar a una *noción* de sociedad que se corresponda con la siempre inefable realidad social? Y de ser así ¿cuál debería ser su punto de referencia?.

Sin duda, el pensamiento occidental se encuentra atravesado por cuestiones epistemológicas que, aún en la actualidad, se revelan en los intentos por producir una teoría del conocimiento que permita, por un lado, dilucidar el modo a partir del cual le es dado al pensamiento el acceso a la realidad, poniéndole, por el otro, los límites necesarios a sus pretensiones totalizantes. A este respecto, tal vez uno de los rasgos más marcados que el pensamiento de finales del siglo XX heredó del criticismo kantiano radique en la incesante búsqueda por definir los alcances y los límites del logos –y particularmente de la razón que absolutiza ese logos– en el intento por zanjar la pretensión racionalista según la cual el pensamiento podría alcanzar una supuesta identificación con el ser. Sin embargo, el reconocimiento de estos límites críticos no menoscabará el siempre renovado esfuerzo por cancelar, de algún modo, la vieja antinomia entre el sujeto y el objeto, que invariablemente ha marcado la historia de las ideas a favor de la primacía de uno u otro término.

Pues bien, es siguiendo el análisis desde una perspectiva epistemológica que, a nuestro entender, resulta especialmente interesante analizar la postura crítica que plantea la

empresa teórica luhmanniana, no sólo hacia las expectativas de conocimiento que manejan las ciencias sociales, sino asimismo hacia la idea de una crítica posible en torno al funcionamiento de la sociedad en sí mismo.

Es bien sabido que la lógica de pensamiento kantiana, al toparse con dos términos considerados incompatibles, tiende a dejar esbozada su irreconciliable inadecuación en forma de antinomia, mientras que, por el contrario, el modelo dialéctico de Hegel pone en movimiento las contradicciones y las eleva a principio fundamental de la realidad en tanto proceso en constante devenir. Por su parte, la teoría de sistemas luhmaniano concibe una realidad que se desarrolla a partir de sucesivas paradojas, lo cual va a acarrear particulares consecuencias en lo que respecta a la conceptualización de la sociedad.

El escepticismo teórico que de esto se sigue, por cierto, impone de manera descarnada su superioridad cognitiva. A partir del reconocimiento de los límites inherentes a toda observación del mundo en el mundo, se establece una ganancia de realidad que deja de lado toda aspiración iluminista de acceder a la realidad en sentido pleno (y de transformarla), así como también es abandonada toda aspiración positivista de acceder de modo inmediato a un supuesto orden de “lo real” en términos de exterioridad.

No obstante, si el concepto de límite crítico –tan decisivo para el pensamiento kantiano– define aquello que no puede traducirse por completo al plano cognitivo en términos de una brecha insalvable e intranquilizadora, con Luhmann se choca contra la disolución de toda tensión entre ambos términos. Así, el cinismo con el cual se reconoce el carácter irresoluble de lo que sólo puede leerse como paradójico, recae en la reproducción *ad infinitum* de continuas paradojas que, al no poder resolverse en el nivel en el que surgen, siguen descomponiéndose subsiguientemente en nuevas diferencias.

A la luz de estas consideraciones, el presente trabajo apunta a indagar el modo en el que la lógica paradójica delinea una determinada noción de sociedad, conjeturando los

alcances y límites implicados en el intento de este modelo interpretativo por dar cuenta de la realidad social. Ya que toda observación –y por ende, todo sistema teórico– ineludiblemente supone un punto ciego, nuestro interés residirá en someter el pensamiento de Luhmann a una observación de segundo orden. En este sentido, puesto que la lógica paradójica se caracteriza por su lógicamente infinito alcance de respuesta, sea en un sentido o en su opuesto, creemos necesario focalizarnos en las omisiones que esta clave de lectura de lo social no contempla.

Para abordar esta problemática resulta pertinente el desarrollo de dos apartados, en cada uno de los cuales desarrollaremos una paradoja específica. En el primero, nos centraremos en la descripción del modo en que la reproducción social es descrita por Luhmann, esbozando la paradoja fundamental que guía su teoría: la diferencia entre el sistema y el entorno. En segundo término, desarrollaremos la paradoja de la variable invariabilidad del sistema, en torno a la cuestión del sentido. Finalmente, arriesgaremos algunos conceptos desarrollados por Žižek, los cuales, en nuestra opinión, arrojan líneas de análisis complementarias a los fines de este trabajo.

1) La unidad del sistema como diferencia: la paradoja sistema/entorno como fundamento de la lógica operacional de la sociedad

Como resulta ya clásico a la hora de abordar la teoría de la sociedad en Luhmann, es ineludible señalar que su noción de sistema social se encuentra invariablemente vinculada con el concepto de complejidad, piedra de base y quizá única verdad ontológica para emprender un análisis de la modernidad. En este sentido, el autor consigna que el mundo moderno no sólo se caracteriza por constituir una infinitud inobservable en

términos de totalidad sino que, asimismo, se define por un proceso de diferenciación funcional que hace estallar los criterios de referencia unívocos –lo que, desde una perspectiva weberiana, aparece bajo la noción de racionalización de esferas, cada una con su propia dinámica de estructuras y valores (1).

Desde este punto de vista, las concepciones ontológicas respecto de la sociedad como “objeto” devienen obsoletas, imponiéndose la necesidad de que el sustancialismo implicado en la búsqueda de la identidad del ser “en sí” de lo social sea desplazado por un nuevo planteo que otorgue primacía, ante todo, a la noción de diferencia. Lejos de considerar a la sociedad simplemente en términos de unidad, el enfoque sistémico pone de relieve, en consecuencia, el principio que rige sus operaciones: el sistema logra producir su propia identidad en la medida en que lleva a cabo una distinción, lo que no constituye otra cosa que diferenciarse de “todo lo demás”.

Pero, ¿qué diferencia es necesaria para formular la unidad de la sociedad? Para responder a este interrogante, Luhmann se aboca principalmente al esclarecimiento de la forma mediante la cual la sociedad se reproduce continuamente, sobre la base de la diferencia sistema-entorno.

Al respecto cabe destacar que, ante la avasalladora y amenazante complejidad que el entorno presenta, el sistema se ve compelido a producir un modelo de orden definido por él mismo, esto es, debe operar en un marco de complejidad no sólo reducida sino, ante todo, estructurada. La imposibilidad de que sistema y entorno coincidan punto por punto en una sincronización total conduce a un proceso de diferenciación del sistema, el cual, ante la necesidad de producir una realidad controlable, presupuesta, debe establecer sus propios límites de relevancia y reglas de enlace para sus operaciones. De este modo, el concepto de clausura de operación adquiere un lugar central en la teoría luhmanniana: la necesaria autonomía del sistema determina que la asimetría entre los gradientes de

complejidad relativos a los dos lados de la forma se traduzca en un incremento de la sensibilidad sistémica respecto del orden interno (es decir, una mayor capacidad de enlace) a la vez que se registra un aumento de insensibilidad o indiferencia frente a lo indeterminado del entorno. Es en este sentido que la diferenciación sistémica significa tanto relacionalidad selectiva (reducción de complejidad) como un aumento de complejidad al interior, la cual permite, ante los problemas planteados por el medio, la disponibilidad de respuesta gracias al desarrollo de múltiples posibilidades alternativas (equivalentes funcionales).

No obstante, es importante destacar que sólo a partir de la referencia al entorno el sistema es capaz de totalizarse a sí mismo. A este respecto, es importante vislumbrar el modo en el que la dicotomía dependencia/independencia signa esta distinción. Evidentemente, ambas partes son constitutivas del sistema, por lo cual éste no puede considerarse totalmente independiente (es menester señalar que la ley de la entropía llevaría al sistema a una tautologización de sus propias operaciones, y terminaría desapareciendo por falta de complejidad). Antes bien, lo que Luhmann intenta rechazar es la idea de un intercambio posible en clave de inputs/outputs, es decir, el que un sistema pueda transportar o recibir algo del entorno de modo directo (2).

Este punto reviste de especial importancia, ya que se delinea que la autonomía sistémica no puede adquirir la forma del aislamiento, pero tampoco de la identificación respecto de su entorno. En este sentido, Luhmann se aleja de las concepciones dialécticas al plantear una diferencia que no se constituye en una negación. Sin embargo, no puede alcanzar la identidad presupuesta en el concepto de síntesis, debido a su énfasis en la clausura operativa y la consecuente “ruptura” con el entorno. Como indica el autor, se trata más bien de una unidad sobre la base de la diferencia del gradiente de complejidad, lo que

determina una paradoja en tanto toda identidad sistémica supone una distinción, una escisión constitutiva con la otra parte de la forma.

Ahora bien, la distinción que signa la relación sistema-entorno no puede analizarse si no se contempla asimismo el concepto de observación, ya que sólo a través de la observación resulta posible operar, es decir, comunicarse, y por tanto, diferenciarse del entorno (3). En efecto, para comunicarse (recordemos que las comunicaciones son el único fenómeno que se sitúa en el plano específicamente social) ya dijimos que la sociedad debe distinguir sus operaciones de las de su entorno. Esto se lleva a cabo mediante una doble referencialidad de la que es capaz el sistema: autorreferencia y heterorreferencia (4), la cual permite al sistema concebir en sus propios términos la unidad del entorno. Pues bien, siguiendo este razonamiento resulta evidente que, dados múltiples sistemas sociales, el entorno va a presentarse como algo distinto en función del sistema que constituya el punto de referencia. De esta manera, el carácter policontextual de la sociedad se evidencia, lo que enfatiza aún más el antiesencialismo del enfoque luhmanniano: de la ineluctable contingencia de los puntos de vista se deduce que distintas observaciones podrán observar lo mismo de manera diversa, o bien, que lo mismo asumirá múltiples descripciones.

Así se despliega la paradoja de la sociedad, que es al mismo tiempo unidad y multiplicidad y, en consecuencia, el orientarse *por* y *en* la sociedad requerirá de distintas perspectivas para cada sistema funcional.

Sin embargo, la cuestión se complejiza aún más si invertimos este principio de visibilidad sistémico. Ciertamente, si acordamos que es el sistema el que determina aquello plausible de ser observado y las distinciones pertinentes que dan lugar a esa observación, ¿qué es lo que determina la “invisibilidad” de aquello que no es dado a la observación?. Obviamente, todo sistema que pretenda observar lo que ocurre en su entorno social encuentra imposible representárselo como totalidad, en virtud de su grado de complejidad

más alto. Por eso, sólo puede aprehenderlo a partir de una distinción –o a partir de la reintroducción de la forma en la forma (re-entry)– que es invariablemente *contingente*, es decir, que el sistema escoge de acuerdo a sus propios criterios de selección. En términos generales, podemos aseverar que el sistema se ve coaccionado a seleccionar algunos aspectos (no todos) en los que va a instituir lazos de dependencia con el entorno, debido a lo cual otros aspectos se tornarían irrelevantes vis-à-vis de su reproducción.

A partir de estas consideraciones se vislumbra una noción de punto ciego que señala aquellas posibilidades que, al no ser seleccionadas, permanecen latentes. Pero no sólo eso, puesto que el concepto designa tanto la inevitabilidad de este estado de latencia, así como también su operacionalidad. Lo que queda oculto no puede –pero, ante todo, no debe– ser conjurado por el sistema, en virtud de que es el punto ciego el que se constituye en la condición de posibilidad de todo acto cognitivo (ya que evidentemente, sólo desde el acotamiento de las posibilidades es factible operar, observar, en definitiva, conocer).

De este modo, si bien puede afirmarse que la realidad es siempre finalmente paradójica, no cabe duda alguna de que la sociedad sigue funcionando, revelándose por ende la operacionalidad de la diferencia sistema-entorno. A este respecto, si nos colocamos en el nivel de la lógica operativa del sistema, Luhmann advierte que toda distinción tiene la forma de una paradoja que la reproducción sistémica debe esforzarse por cancelar, ya que la capacidad de enlace sólo se lleva a cabo a partir de la constante producción de diferencias (recordemos que la resolución de las paradojas, desde un punto de vista lógico, debe recurrir a un *desenvolvimiento de niveles*, esto es: deben resolverse, no en el nivel en que han sido creadas, sino postulando otras diferencias de planos) (5).

Siguiendo esta línea de pensamiento, el sistema se ve forzado a eludir, en cada distinción efectuada, las paradojas que subyacen a su elección (esto al menos en el instante presente en el que cumple con su función operativa, es decir, en tanto se trata de la

diferencia que permite la operación). El sistema se encuentra, de este modo, constreñido desde el punto de vista de la lógica temporal, de suerte que sólo puede reflexionar acerca de las paradojas implicadas en su propio funcionamiento de modo retrospectivo. En consecuencia, el esquema de diferenciación y las paradojas implicadas en él solamente pueden ser captados en la medida en que se opere una observación de segundo grado: lo que un sistema no ve por razones de posición, sólo puede ser dilucidado por otro sistema. No obstante, el escepticismo de esta perspectiva señala que, aunque cada observación puede aprehender el punto ciego de otra observación, no puede hacer lo mismo respecto del propio, lo que determina la ineludible e irresoluble presencia de un punto ciego que, para el caso de la sociedad global, en última instancia no puede ser revelado.

Hasta aquí, resulta posible delinear la dirección que asume el intento de Luhmann en pos de generar una teoría del conocimiento capaz de echar por tierra los modelos interpretativos obsoletos que no se corresponden con la nueva y paradójica complejidad moderna. En este sentido, consideramos necesario recuperar el planteo luhmanniano y su lúcido análisis respecto de los límites que debe tener presente toda expectativa de conocimiento. Sin embargo, lo que sí plantea un problema, a nuestro entender, no reside tanto en la existencia misma de un punto ciego (el cual es inevitable), sino que se vincula más bien con la relación que el observador se plantea respecto de “lo invisible” implicado en su propia observación. Desde una perspectiva epistemológica, podríamos plantear que lo crucial no radica en las múltiples diferencias o “soluciones equivalenciales” que el enfoque luhmanniano puede proponer respecto de los problemas de la sociedad, sino más bien preguntarse en qué términos estos problemas son definidos –y son plausibles de ser redefinidos, ya que, como toda observación, el punto de mira luhmanniano se muestra como indiscutiblemente contingente.

A este respecto, cabría preguntarse si el carácter paradójico de la sociedad bajo la forma de unidad en la diferencia, la cual es planteada en principio como una escisión interna y constitutiva, no tiende a asumirse como oposición, o incluso en términos de exclusión de aquello no contemplado por la lógica del sistema. Lo que terminaría delineando finalmente una suerte de identidad sistémica positiva que sólo es capaz de transformarse en la medida en que su lógica de funcionamiento se mantiene intacta, construyéndose un entorno según sus propias necesidades de reproducción.

2) Selección/exclusión y producción de equivalentes funcionales: la continua referencia a lo mismo y el riesgo que se esconde detrás.

Una vez establecidas algunas coordenadas del modelo de pensamiento paradójico, pasaremos al otro punto a abordar: el orden que el sistema se construye de modo autorreferencial y autopoietico (en la búsqueda por solucionar de modo más eficaz los problemas que se presentan) lleva al sistema a generar un riesgo para sí mismo. En este sentido, consideramos que el sistema lleva su lógica operativa hasta sus últimas consecuencias, al eludir constantemente las paradojas que surgen a través de nuevas diferenciaciones. Pero no sólo esto, ya que si vamos más allá del reconocimiento que de este riesgo hace la teoría sistémica en términos de mera paradoja, una pregunta se presenta con fuerza: el daño atribuible al propio sistema ¿no podría fundarse en la inestabilidad de un orden que cambia sin contemplar la lógica con la que opera?

Pues bien, como hemos mencionado anteriormente, el mundo se caracteriza por su inconcebiblemente alta complejidad, lo que sin embargo no impide la constitución de un orden posible. Ciertamente, ya habíamos señalado que el sistema se vuelve a sí mismo sistema enlazando operaciones propias con operaciones propias y diferenciándose así respecto de un entorno. Pero ¿cómo se llevan a cabo estas operaciones de enlace?.

En este punto, resulta pertinente hacer mención a la autorreferencialidad del sentido. En efecto, éste se presenta como un logro evolutivo que se constituye en la condición de existencia del sistema: los sistemas sociales operan a partir del procesamiento de sentido, es decir, que todo lo que es incorporado y procesado tiene que adquirir esta forma (de lo contrario, el sistema se fundiría con su entorno y dejaría de existir). Así puede comprenderse la capacidad del sistema para llevar a cabo una cerradura operativa: sólo hay sentido sobre el sentido anterior. Esta remisión continua de sentido de las operaciones dentro del sistema, permite un aumento interno de complejidad y una mayor autonomía, que viabilizan la definición de los límites de la forma sistema-entorno, posibilitando para el sistema un mayor contacto con el entorno sin sucumbir ante él (apertura infinita al mundo).

Pues bien, en concordancia con lo expuesto en el apartado precedente, es menester señalar que el sentido no puede definirse en términos de mera identidad de la redundancia, ya que en el mundo moderno –contingente por definición– no existe una identidad dadora de sentido *per se*. Por ello, si bien es cierto que el sentido se procesa constantemente a sí mismo, cabe acordar que sólo puede hacerlo mediante diferencias. De este modo, considerando que el sentido delinea el horizonte de acciones posibles para el sistema, se deduce que cada posibilidad debe ser actualizada en el plano de la realidad presente (por lo cual el sentido deviene en una operación que distingue lo actual y lo virtualmente posible). Debido a esta diferencia fundada en el orden temporal, el componente de novedad resulta especialmente relevante: el sistema repara en un acontecimiento en tanto se presenta como único e irrepetible, siendo este componente de relativa innovación el que lo ubica en el plano de lo actual en tanto información (6).

Pero estos acontecimientos no comportarían coherencia alguna en el tiempo y se desvanecerían como mero impulso momentáneo si el sentido no permitiera asimismo su enlace. A este respecto, son las estructuras del sistema las que permiten codificar todo

elemento como elemento de sentido. Estas estructuras deben pensarse como una suerte de horizonte de expectativas respecto de lo que debe acaecer en el sistema: cada acontecimiento aislado y discontinuo es tratado como esperable a partir de la premisa de que *a todo sentido debe seguirle otro sentido*. Sin embargo, aunque la condición de expectativa permite a las estructuras una ganancia de sentido respecto de la orientación de corte normativa –y, por tanto, una mayor capacidad de enlace– es menester enfatizar que finalmente sólo algunas de las comunicaciones “novedosas” tendrán la posibilidad de producir efectos estructurantes. Ciertamente, las operaciones del sistema deben adquirir direccionalidad, y son las estructuras las que delimitan las opciones posibles del comportamiento sistémico a partir de la exclusión de otras posibilidades, esto es, a partir de un criterio de inteligibilidad abstracto que determina la aceptación/desviación de las comunicaciones que se presentan como variaciones innovadoras de lo ya aceptado por el sistema.

En este punto es central subrayar la paradoja de la variabilidad/invariabilidad a través de la cual la lógica del sentido permite el mantenimiento de un orden social estructurado. A diferencia de los análisis sistémicos fundados en presupuestos de corte ontológico, la mirada luhmanniana pone en el centro de la escena, ya no la conservación del “ser” del sistema, sino su necesidad de operar en pos de la gestión de sus problemas. Por tanto, si el surgimiento de tensiones en la modernidad se define por la imprevisibilidad y contingencia de sus planteos, cabe acordar que su resolución exigirá un dinamismo sistémico que se muestre competente para enfrentar los cambios exteriores mediante la constante transformación interna (sólo a partir de este constreñimiento al cambio el sistema podrá incorporar en sus propios términos todo acontecimiento y logrará efectos estructurantes a partir de meras casualidades). De esta manera, el sentido permite conservar

la coherencia interna del orden social sin revestir por eso una supuesta forma fija, incapaz de adaptarse a las exigencias de un entorno ambiguo e impredecible.

Pero asimismo, el sentido se establece como una coacción a la selección y a la redundancia, lo que pone en primer plano la cuestión de la necesidad de repetición y de exclusión de otras posibilidades por parte del sistema (que quedan en un plano de latencia) en pos de continuar con su reproducción autopoiética. Desde esta perspectiva, se concibe una noción de estructura en términos de un esquema de abstracción que, a pesar de la multiplicidad de lo concreto, termina procesando cada acontecimiento como repetición, es decir, como equivalencia, dejando afuera todo lo demás (7).

Pues bien, ¿cuáles son las implicancias de estas consideraciones para una conceptualización de la sociedad?. A la luz de lo esbozado, podríamos sugerir que la estabilidad dinámica del orden sistémico contempla un cambio continuo que, al darse en un proceso circular (8) pareciera no instituir, en última instancia, ningún cambio verdaderamente *disruptivo* respecto de lo ya existente (como alega Luhmann, las revoluciones no pueden constituir grandes saltos de improviso, aunque retrospectivamente, los resultados puedan ser interpretados de esa manera) (9).

Esto, evidentemente, no puede más que presentarse como un logro evolutivo, pero paradójicamente, constituye asimismo un factor de riesgo para el sistema.

En efecto, ya sabemos que en relación con el entorno, el sistema debe adaptarse constantemente a su creciente complejidad: cada sistema parcial se somete a un proceso creciente de producción de diferencias. Sin embargo, a una mayor diferenciación se efectúa una mayor producción de variaciones, lo que redundará en un incremento acelerado de la complejidad de la sociedad en su conjunto. En consecuencia, se vislumbra que el modo en que cada sistema lidia con las amenazas provenientes del exterior termina traducéndose en una incontenible aceleración de transformaciones que, finalmente, conduce a nuevos

problemas que el sistema mismo produce y que debe esforzarse por resolver aumentando su complejidad.

Ante esta situación, las estructuras del sistema deben reforzar su capacidad selectiva limitando drásticamente las posibilidades de relación entre los elementos (lo que nos remite a la *necesidad* de selección recién esbozada). Pero, en tanto esta estructuración limitante supone una seguridad fundada en meros presupuestos (recordemos que la orientación mediante expectativas se funda en una suerte de “*como si*” que permite procesar todo elemento como elemento de sentido) termina generando, en contrapartida, la inseguridad de lo no plenamente decidido (*contingencia* de lo seleccionado).

Desde la perspectiva luhmanniana, entonces, la lógica operativa del sistema parece plantear invariablemente una suerte de callejón sin salida. La *racionalidad* sistémica radica, en efecto, en el mantenimiento y utilización de las diferencias de las que dispone, por lo que termina multiplicándolas *ad infinitum* a la manera de un juego de espejos. ¿No es acaso el desarrollo creativo de las sucesivas paradojas lo que permite la reproducción sistémica y la introducción de una neguentropía que evite la tautologización del sistema?.

No obstante, cabe aclarar que si bien es cierto que el sistema se ve compelido a desplegar mecanismos capaces de acelerar las variaciones en pos de evitar su anquilosamiento, esto termina reforzando, paradójicamente, la tolerancia (o indiferencia) respecto de la ascendente conflictividad social. En un marco de complejidad más alta, la necesidad de compensar la inseguridad implicada en estas pérdidas de relación determina que, a través de la construcción de presupuestos que condensan y generalizan lo ya estructurado por el sistema, aquello de lo que ya dispone el sistema y cuya idoneidad ya ha aceptado no pueda desecharse tan fácilmente. La realidad se orienta, entonces, cada vez más de manera conservadora, lo que paradójicamente termina generando más inseguridad.

En consecuencia, podríamos sostener que la capacidad del sistema de permanecer indiferente respecto de lo latente excluido trae aparejado tanto el mantenimiento de la identidad sistémica, así como también sienta las bases de un incremento del riesgo que el sistema no podrá detener. A pesar de que “lo amenazante” que el sistema coloca en su entorno proviene cada vez más del centro mismo del orden sistémico de complejidad estructurada, la preservación de la coherencia interna de este orden exigirá, en contrapartida, que el sistema sólo pueda constatar que “la situación es así” y continuar con su autorreproducción, sobre la base de la tranquilizadora constatación de la plenitud del sentido y la ausencia de contradicciones.

Pero, ¿esta multiplicación de diferencias puede sostenerse en el tiempo indefinidamente, o el riesgo termina por alzarse como la noción que permite entrever el límite mismo del principio de diferenciación sistémica, esto es: el agotamiento de las posibilidades con las que cuenta el sistema para llevar a cabo sus operaciones?

Ahora bien, en tanto nuestro punto de partida consiste en indagar el modo en que la forma paradoja conceptualiza lo social, cabe hacer foco en los límites que este planteo presenta. En términos generales, podemos señalar que la forma paradoja parece expresar la pretensión totalizante de la perspectiva sistémica, ya que su movimiento oscilante permite una omnicomprensiva capacidad de respuesta (sea en uno u otro sentido), sobre un trasfondo que cómodamente asegura que *todo es sentido*. Pues bien, cabría preguntarse qué es lo que esta multiplicación de lo simplemente distinto –que se jacta de cancelar toda denuncia de contradicción en el seno de lo social– no puede (o no debe) contemplar.

Reconociendo la dificultad de responder a este planteo, al menos quisiéramos mencionar una reflexión, en nuestra opinión hartamente interesante, si se procura comprender el sistema luhmanniano (y sus omisiones) desde otro punto de mira. En efecto, el filósofo y lingüista Slavoj Žižek(10) sostiene una noción de lo social en términos de sistema de

significación que, ante la ausencia de referente en el plano de la realidad extradiscursiva (que se explica por la desbordante polifonía de discursos sociales), determina la ineluctable contingencia de la identidad social. Sin embargo, si bien la complejidad de lo social lo torna por principio imposible, también es cierto que la constitución de lo social como objeto plausible de ser representado debe hacerse necesaria: de lo contrario, no habría sentido en absoluto. Por ello, la imposible/necesaria operación de cierre del sistema se lleva a cabo en la dimensión simbólica y se funda sobre una falta constitutiva, la cual presume la imposibilidad de lo social para significarse como unidad plena. Ahora bien, aunque a grandes rasgos este planteo concuerda con lo esbozado por la teoría luhmanniana (particularmente en lo referente al carácter contingente de lo social) cabe subrayar que en Zizek la imposible totalización del sistema de modo pleno, absoluto, circular se vincula, ante todo, con una imposibilidad del propio orden simbólico, con aquello que debido a las incongruencias inherentes a su propia lógica no puede ser simbolizado. A este respecto, este enfoque hace blanco en la *huella* que la falta en el Gran Otro –esto es, la incapacidad de estructurar simbólicamente lo que resiste su inclusión en la red simbólica– deja como resultado de sus operaciones. Esto es, la constante generación de remanentes por parte del sistema, de un “resto” que da cuenta de la insoportable inadecuación entre el orden simbólico y lo que éste intenta conjurar. Más aún, cabe destacar que aquello que no puede ser incluido en lo Simbólico, lejos de permanecer reprimido o en estado latente, estalla por el contrario en forma de síntoma en lo Real, irrumpiendo en el centro mismo de la positividad social como su contracara negativa.

Bajo la inspiración de este paréntesis podríamos sugerir que, más allá de toda crítica que pueda imponerse al sistema teórico luhmanniano, éste tiene el mérito de dar cuenta de modo cínicamente lúcido la manera en que el sistema se totaliza a sí mismo en una dimensión simbólica.

No obstante, si bien su cinismo da cuenta de modo acertado de las consecuencias acarreadas por la ausencia de referente –esforzándose en subrayar la evidencia del carácter no tautológico y contingente de la realidad social moderna– parece no reconocer el papel que juega en el orden social aquello que la totalización deja afuera. En este sentido, los remanentes que el sistema no asimila en su búsqueda por condicionar y controlar su propia contingencia a través de la articulación de posibilidades funcionalmente equivalentes, lejos de permanecer en una tranquila latencia (esperando la cada vez más improbable posibilidad de ser seleccionados), “retornan” revelando el núcleo traumático sobre el cual se funda la pretensión de completud y autosuficiencia del orden social.

Lo que nos permite arriesgar una segunda virtud de la teoría de Luhmann: la ilusión de estar más allá de toda ilusión que ésta detenta termina reconstruyendo la *fantasía* del orden social, consistente en la afirmación de que las selecciones del sistema se fundan en una exclusión puramente contingente, sin vislumbrar el carácter finalmente estructural, necesario y concreto que la exclusión reviste vis-à-vis de la construcción de su propia identidad (11).

Consideraciones finales

A partir de lo postulado por Luhmann surgen múltiples interrogantes en torno a los alcances y límites del conocimiento sociológico, así como también respecto del objeto en el cual debe enfocarse. ¿Es factible que la sociología haga foco en las cuestiones relativas a la pobreza? ¿A la desigualdad? ¿Estos problemas conciernen el orden de lo social o de lo específicamente humano? ¿Qué hacer si estos problemas, en el caso de que pudieran ser considerados como sociales, no tienen solución definitiva sino sólo soluciones parciales y sucesivamente problemáticas?.

La paradoja central del sistema teórico luhmaniano deja asentado la falta de relevancia de estas cuestiones para el desenvolvimiento de la sociedad, ya que la diferencia sistema-entorno deja afuera los problemas que conciernen a los sistemas psíquicos. Asimismo, la búsqueda por desocultar lo que el sistema deja como latente se desplaza en nombre de la producción de equivalencias funcionales capaces de constituirse en soluciones eficaces ante los problemas más acuciantes que amenazan al sistema social. En este sentido, la sociología sólo sería capaz de producir variaciones plausibles de ser seleccionadas por la estructura social (único modo en el que se da el cambio, ya que la disrupción, o bien es rechazada y desviada, o bien es recodificada según las reglas de enlace del sistema). No obstante, si bien lo que Luhmann desarrolla nos permite comprender el problema de la aplicabilidad de las indagaciones sociológicas, a nuestro entender terminaría conduciendo a una nueva sustancialización, no ya en términos de contenido –lo que Luhmann contempla al desarrollar el concepto de estabilidad dinámica– sino en términos de forma (paradoja). Así, podríamos conjeturar que la lógica paradójica esboza una noción de realidad social que se asume como finalmente positiva puesto que, al tratarse de una lógica operativa que multiplica infinitamente posibilidades diversas pero siempre, en última instancia, equivalentes, termina por no contemplar el lugar central que ocupa lo excluido en la configuración del sistema social moderno.

No obstante, lo que parece ser la mayor debilidad del enfoque luhmanniano, paradójicamente, se constituye en un punto de máxima lucidez, en tanto su rigurosidad teórica y metodológica termina finalmente por delinear los límites de su propio planteo. Así, al reconstruir la lógica de funcionamiento del sistema (particularmente respecto del riesgo), la teoría permite vislumbrar al observador de la teoría –aunque de modo inintencional y negando sus propios presupuestos– aquello que la racionalidad sistémica no logrará nunca captar: el carácter trágico de un orden que se reproduce sin contemplar la propia lógica con la que opera.

Notas

(1)Max Weber, “Excurso. Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo”, en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Tomo I, Taurus, cuarta edición, 1998.

(2)Hasta aquí, nos centramos en la definición de sistema-entorno que Luhmann desarrolla en “Cap. 1: Sistema y función”, en N. Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, México, Anthropos, segunda edición, 1998.

(3)Quisiéramos recordar que la distinción que se introduce en la observación corresponde siempre a la operación de un sistema social. Sólo en la medida en que una observación es social se produce una distinción sistema-entorno, lo que equivale a decir que las observaciones por parte de los sistemas psíquicos, si bien son posibles y de hecho ocurren, no introducen ninguna distinción en el plano de la realidad social.

(4)En realidad, es más preciso referirnos a una triple relacionalidad plausible de ser entablada por el sistema, ya que la heterorreferencia –en el caso de los sistemas parciales– presenta dos variables: relación con el sistema global, y en relación con el entorno de sistemas parciales. Véase “Cap. 9: Ciencia y Sociedad”, en N. Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Anthropos, 1996.

(5)Véase Editorial. Niklas Luhmann. *La sociedad como teoría de sistemas autorreferenciales y autopoieticos de comunicación*, en *Revista Anthropos*, N° 173/174, Barcelona.

(6)Para este punto, véase “Capítulo 2: Sentido”, en N. Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, México, Anthropos, segunda edición, 1998.

(7)Véase “Lección 4: Clausura de operación/Autopoiesis”, op.cit., pág.88-89.

(8)Por proceso circular queremos referir que las estructuras sólo pueden llevarse a cabo mediante operaciones propias del sistema, y al mismo tiempo, las operaciones sólo adquieren direccionalidad debido a que las estructuras indican el rumbo. Véase “Lección 4: Clausura de operación/Autopoiesis”, op.cit., pág. 89.

(9)Véase “Cap.3: Evolución”, en N. Luhmann, *Teoría de la sociedad*, México, Triana, segunda edición, 1998, pág. 223.

(10)Slavoj Zizek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 1992, Cap.3.

Referencias bibliográficas

-Luhmann, Niklas: *Ilustración sociológica y otros ensayos*, Buenos Aires, Sur, 1973.

-----*Introducción a la teoría general de sistemas*, México, Anthropos, 1996, Lección 4: “Clausura de operación/Autopoiesis” y Lección 14: “‘De qué se trata el caso’ y ‘qué se esconde detrás’: Las dos sociologías y la teoría de la sociedad”.

-----*La ciencia de la sociedad*, México, Anthropos, 1996, Cap. 9: “Ciencia y sociedad” y Cap. 10: “La modernidad de la ciencia”.

-----*Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, México, Anthropos, segunda edición, 1998. Cap. 1: “Sistema y función”, Cap. 2: “Sentido”, Cap. 5: “Sistema y entorno” y Cap. 8: “Estructura y tiempo”.

-----*Teoría de la sociedad*, México, Triana, 1998. Cap. 3: “Evolución” y Cap. 4: “Diferenciación”.